



La bestia en casa

Por Jaime Collyer. Alfaguara, Santiago, 1998. 225 páginas.



Tras dos novelas (*El infiltrado*, 1989, y *Cien pájaros volando*, 1995) y un volumen de cuentos (*Gente al acecho*, 1992), **Jaime Collyer** regresa al ámbito editorial insistiendo en el último género, el de la narración breve.

Varios

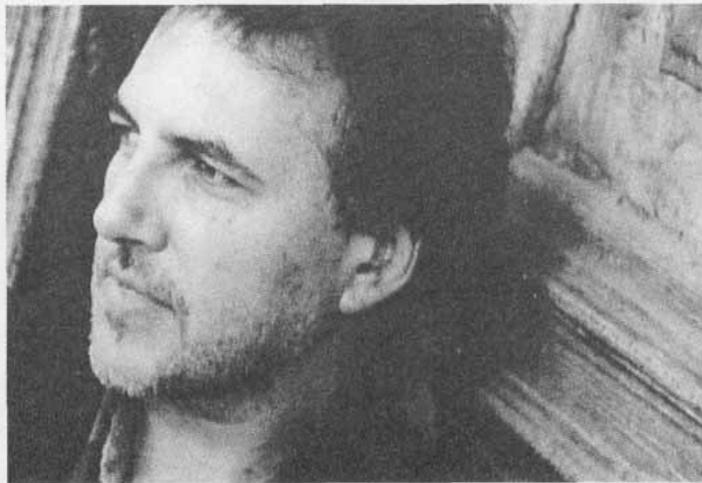
relatos habían ya aparecido en publicaciones periódicas o antologías de ocasión, pero la mayoría es rigurosamente inédito. Y hay que concordar con el autor en que "un conjunto más o menos deliberado de relatos funciona, como decía el viejo **Eisenstein**, siempre que cada toma y cada gesto (cada imagen, cada historia) potencien a los restantes, o sobrevivan a costa de ellos". En este sentido, encontrar esa sensación de algo ya leído en un volumen recién salido de la imprenta tiene el curioso efecto de resaltar un relato ya no por su posición en

el conjunto, sino por su presencia autónoma en otro contexto. Pero, a fin de cuentas, tal experiencia depende, simplemente, del azar de las lecturas; y el lector que arribe a *La bestia en casa*, aún sin haber leído absolutamente una línea previa de Jaime Collyer, podrá rescatar también su propia cartografía y sus propias marcas.

Porque éste es un libro para navegarlo con lentitud y con espacio, en el orden propuesto o en otro diverso, de atrás para adelante o de adelante para atrás; un libro que destaca, una vez más, las dificultades del género de la narración breve, pero no por sus carencias, sino por su extrema habilidad para resolver tales problemas. Un libro, en fin, que confirma y reafirma una de las trayectorias más sólidas de

la actual narrativa chilena y que, desde la ambigua presencia que acecha en los rincones de *La bestia en casa*, relato iniciático como pocos en el arte de escribir cuentos, hasta un epílogo que bien vale la pena leer como prólogo, multiplica el placer de la lectura. Collyer, un escritor riguroso y evidentemente preocupado de los matices y de los pequeños gestos, hace un fino trabajo de relojería en cada uno de sus cuentos, especialmente en lo que constituye, con toda probabilidad, el asunto más peliagudo: el final. El autor, aquí, destaca muy por encima de la media. No sólo inventa excelentes historias; también las cierra adecuadamente, de diversas maneras, sin recetas preconcebidas, siempre de acuerdo a lo que parece

—y debe ser— la necesidad interna de la misma historia. Y todo ello con aquel humor generalmente ácido que caracteriza de manera más global la obra de Collyer, cada vez más sólida y asentada en un panorama abundante en nombres, pero escaso en escritores de auténtica calidad.



Jaime Collyer